

CULTURA Y POLÍTICA: ALGUNAS LEYES (DE MURPHY)

Lalia González-Santiago

Las grandes abstracciones se resisten a ser reducidas a fórmulas simples y ángulos de visión exclusivos. Por eso resulta tan difícil decir algo original, "incisivo" (sic) y basado en mi propia experiencia sobre Cultura y Política. Y en un folio.

Pero no seré yo quien me queje. La cultura y la política se entrelazan como una enmarañada madeja, en la que no hay manera de encontrar el hilo del que tirar para devanarla. Nudos, simbiosis, parasitismo, todo cabe, pero hay algunas leyes que se podrían enunciar. Empíricamente, como quiere Periférica.

Si algo llama la atención a estas alturas es hasta qué punto la circunstancia política grava sobre la percepción y la valoración que las clases medias tienen de la cultura.

En ámbitos como el nuestro, con una casi nula industria cultural y una escasísima presencia de mecenazgo, la acción cultural está densamente penetrada de política. De ahí los vaivenes, las peculiaridades en la gestión, la falta de continuidad de los proyectos, el sectarismo y la importancia del aprecio que el poder de turno tenga hacia las artes.

Está probado que un cargo público amante de la cultura provoca un efecto

similar a la piedra sobre el estanque. Por devoción o por convicción, y también por el obvio impacto de las decisiones que se adoptan, la ola del aprecio a las artes se extiende entre la ciudadanía.

Cuando el caso es el contrario, cuando el poder no aprecia la cultura, no sólo no puede darse este efecto transmisor, sino que se produce un "efecto sequía", un debilitamiento del aprecio social hacia la cultura. Aparecen entonces las plagas, en forma de todo tipo de elementos cutres y casposos, que ocupan el lugar vacío y pueden concluir en una solución de "tierra quemada".

En cualquier caso, si se quiere hacer un test para conocer la verdadera alma democrática de un gobernante basta con medir su grado de sensibilidad y dedicación a la cultura. También empíricamente demostrado.

Al poder le corresponde cuidar y fomentar la cultura como un bien esencial de los ciudadanos. No siempre le interesa, porque no siempre se quiere tener ciudadanos libres, ilustrados, conscientes de sus deberes y derechos, críticos.

Al poder le corresponde fomentar la cultura tanto como hacer carreteras. Muchos gritaron, o presumen de ha-

berlo hecho, que "el pueblo sin cultura será una dictadura" y hoy lo han olvidado.

De hecho, en nuestro país la extensión del consumo de la cultura a las capas populares fue una conquista de la democracia. Fueron los gobiernos constitucionales los que crearon los ministerios de cultura y les dotaron de un peso político indudable, con figuras de prestigio al frente. De ahí se desprendió todo un aparato administrativo - autonómico, provincial, local- y también el nacimiento de un nuevo especímen de político, el concejal de cultura, sobre el cual quizás habría que teorizar una nueva ley de Murphy: "Si el siguiente lo puede hacer peor, lo hará peor". Los técnicos se quejan de tener que demostrar cada cuatro años sus capacidades, pero también hay una ley implacable que dice que "cualquier burocracia reestructurada para ser más eficiente es, al cabo de poco tiempo, idéntica a la situación anterior".

Habrá otras leyes que enunciar, como "si algo va bien, habrá que cargárselo", pero es mejor no ponerse demasiado pesimistas.

Ante la crisis de banalidad que atraviesa la cultura contemporánea, cada vez más víctima del marketing, la política debe imponerse más que nun-

ca el deber de cuidarla. Pero no de cualquier modo. No es fomentar la cultura gastar millones en contratar a figuras de relumbrón, relámpagos que se apagan en un segundo. Esa es la trampa que esconde el lema de "cultura no elitista" que enarbolan otros de nuestros gobernantes. Hay que ir más allá de lo evidente. No es fomentar la cultura traer a una serie de estrellas del espectáculo a actuar en un teatro, o incluso gratis en una playa, y llenarlo. Eso es negocio, o votos. Un respeto. La cultura es algo más serio.

Igualmente repulsivo es "premiar" culturalmente al electorado fiel y, por contraste, negar el pan y la sal a quienes no votan a los programadores, o no les votan lo suficiente. Esta práctica no deja de evidenciar un sectarismo impresentable y cuestiona la democracia misma.

Y, aunque no era mi intención hacer citas, hay una a la que no puedo resistirme, porque también es significativa del estado de la cuestión "cultura y política" o "cultura y poder". "El poder, el trono, ¿el trono o María?" -se preguntaba el rey enamorado de la Cantata de Les Luthiers. "A fin de cuentas, el trono lo quiero para posarme en él y satisfacer mis instintos, los más sublimes y los más perversos. Y María... ¡caramba qué coincidencia!".